

¿Qué está pasando con la prensa en Ecuador?

"

**Jose Luis Novoa
2012**

El presidente ecuatoriano Rafael Correa, un carismático economista guayaquileño de 48 años y en el poder enero de 2007, tiene un amplio arsenal de denuestos contra la prensa privada de su país que parecen agotar el diccionario: “hipócrita”, “vendepatrias”, “grosera”, “cavernaria”, “cobarde”, “pasquín”, “conspirativa”, “mentirosa”, “perversa”, por mencionar algunos.

Para los periodistas críticos tampoco se guarda insultos. Son “buitres”, “jauría”, “puercos”, “cínicos”, “perros hambrientos” “sinvergüenzas”, y lo que hacen unos y otros es “porquería”, causa “repulsión” y “asco”.

Pero la expresión que más utiliza es “prensa corrupta”, que ya adoptaron muchos en la calle, en especial quienes simpatizan con su gobierno y que les sale casi como un automatismo cuando se les pregunta en qué andan los medios de ese país andino. “Hasta nosotros mismos –me contó un reportero- hemos gritado en reuniones privadas vivas a la prensa corrupta, como una especie de ironía”.

El propio Correa reconoce que algunos se refieren a su programa de televisión semanal -una especie de asamblea comunal itinerante en vivo y en directo- como “el insultadero de los sábados”. La Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) ha recogido todos esos epítetos en un video y la Fundación Ethos, dirigida en México por el ecuatoriano Mauricio Rodas los ha contabilizado: hasta marzo de 2010 llevaba 171 agravios, y la lista siguió creciendo desde entonces, según sus registros.

¿Correa es, entonces, apenas un bocazas histriónico, como ha habido otros presidentes en nuestra región, un mandatario botafuegos que ha tomado a la prensa como un bolsa de boxeo?

La respuesta corta es no. No solo eso, si es que así se quiere representar a Correa. La realidad ecuatoriana muestra matices mucho más complejos: hay demandas de Correa al menos por cincuenta millones de dólares, con penas de cárcel de tres años ya dictadas contra los directivos del diario El Universo, uno de los buques insignia de la prensa de referencias; más enlaces nacionales de televisión que los que hace el



propio presidente venezolano Hugo Chávez, que no es tímido a la hora de hacer directos; una larga historia de connivencia entre los medios y el poder central; una deficiente formación de reporteros y editores; canales de televisión que fueron voceros de la banca y ahora del gobierno; una inminente ley con tintes de intervención estatal en los contenidos; algunos medios y periodistas que se han convertido o los han convertido en actores políticos; un gobierno que ha adquirido el control de casi veinte medios y está pagando el doble o el triple a sus reporteros y editores.

Hay, en fin, la sensación de un sector de la sociedad ecuatoriana de que lo que está en juego es la libertad de expresión y la libertad de empresa periodística, no simplemente una guerra verbal con capítulos nuevos cada sábado.

Empecemos entonces por una escena clave. Es la mañana del sábado 12 de febrero en Cotacachi, una población al norte del país, con unos 40.000 habitantes. El presidente Correa está haciendo su gabinete itinerante con transmisión nacional en directo. Ha tirado dardos contra una jueza, contra algunos opositores y ha comentado temas de gobierno. En algún momento comienza a criticar el contenido del diario La Hora, de amplia circulación en la región, en especial por la forma como cubrió un evento suyo el día anterior y por el titular “La consulta va porque va”, una supuesta frase suya que se habría filtrado y que el diario presentó como exclusiva. Luego toma el ejemplar que ha venido señalando y en un gesto histriónico lo rompe en dos en vivo y en directo para millones de ecuatorianos.

Ximena Coronado es una periodista de 24 años, autora de la nota que causó la furia de Correa. Ella estaba de descanso ese día y la llamaron de la redacción para que viera lo que estaba haciendo el presidente. A ella sí la sorprendió el gesto de Correa, pero lo que le dolió en realidad fue que se refiriera a los periodistas como “sicarios de tinta”. “Ahora

suele repetirlo mucho, pero ese día fue cuando lo dijo primero. Ese término sí me pareció muy fuerte”, me dijo por teléfono desde Otavalo, una población cercana a Cotacachi, donde esa tarde la estuve buscando sin éxito.

A ella le parece que el motivo real del enojo de Correa era que la nota empezaba diciendo que al acto del viernes habían ido “unas 30 personas portando banderas y el resto eran empleados públicos”. La reacción de Correa la obligó a suspender su descanso. Desde la redacción de su diario en Quito la llamaron para escribir una nota de refuerzo sobre el tema.

Desde la provincia se ve distinto

Ibarra se ubica más al norte que Cotacachi y Otavalo. Es la última gran población de Ecuador antes de la frontera con Colombia. La vida es más barata que en Quito a Guayaquil, unos 180.000 habitantes se distribuyen entre sus calles de típica cuadrícula española en los altos Andes sudamericanos. Parece una ciudad colonial de un solo piso, acaso dos. El edificio más alto, acristalado, tiene unos ocho pisos y fue considerado casi una extravagancia. La cimentación, me explicaron luego, fue un reto técnico en una región con alta sismicidad y solamente la pudo pagar un banco en medio de la fiesta expansiva de los años noventa.

La corresponsalía de El Comercio, una de las mayores referencias de la prensa quiteña, funciona en un cuarto grande de una casa esquinera de un piso. Son cuatro escritorios con sus sillas y algunos pósteres. Poco más que eso. Fácilmente podría convertirse en el cuarto grande de un adolescente.

Una noche de lluvia fina me atendió allí **José Luis Rosales**, un periodista de casi cuarenta años con apariencia de haber salido hace poco de la facultad. Lo primero que advierte Rosales es que “históricamente Ecuador ha padecido de un bicentralismo o una bipolaridad entre Quito y Guayaquil que repercute en el resto del país” y que deja a las ciudades pequeñas aisladas “de



todo este torbellino de comunicaciones”.

Rosales, que lleva pocos meses a cargo de esa corresponsalía, hacia parte de La Hora el 12 de febrero. Dice que “en el equipo sí hubo un bajón”. Cuando vieron las imágenes “todo el mundo quedo así (y se petrifica por un instante con las manos defendiéndose de una amenaza inminente)”. Una vez pasada la impresión y en análisis con la redacción de Quito concluyeron que aquello “no era más que la constante campaña de desprestigio que él (Correa) tiene contra los medios de comunicación”, pero no un ataque premeditado contra el diario mismo, sino “un detonante más”.

“Los periodistas de acá percibimos y recibimos la misma campaña de desprestigio del presidente -porque es una campaña ¡y muy buena!- que está implementada en todo el país. Aquí las personas se creen en la libertad de tratar como les dé la gana y aunque no llegan a la agresión física si llegan a obstaculizar el trabajo de la prensa”, dice

“Antes en mis inicios, hace unos diez años, -sigue diciendo- había una buena colaboración con los medios de comunicación, había acceso. Ahora hasta las fuentes se restringen, hay más temor de hablar, la gente no quiere arriesgar porque simplemente necesita subsistir y trabajando en la función pública pueden sobrellevar su vida”.

Y con esto, Rosales llega a un aspecto que también me refrieron en Quito y en Guayaquil: que los medios de comunicación oficiales están pagando hasta el doble que lo que paga en promedio la prensa privada. Las cifras que me dieron rondan los 300 dólares mensuales efectivos para un reportero promedio en prensa privada de provincia, poco más que el salario mínimo, de 264 dólares. Un jefe de prensa de una alcaldía –un destino “natural” para un reportero que quiere mejorar su situación económica- puede ganar unos 1.200 dólares.

Pero, agrega, también hay problemas de técnicas

periodísticas, de reportería de profundidad. Rosales dice con pesar que “hay falta valentía y verdad en algunos periodistas; se contentan con un sueldo, pero no en tratar de buscar darle sentido a las cosas”.

Patricio Pérez es el director del diario El Norte, el principal diario originario de Ibarra, privado y con 25 años de existencia. Reitera el aislamiento del que habló Rosales. “Nosotros solamente somos motivo de información cuando hay una tragedia, un deslave, cuando hay muertos”, se lamenta en una sala de reuniones, en el segundo piso de la sede del periódico, una casa de barrio adaptada para tener adentro una imprenta, un equipo de redacción y un área de atención al público.

Siente que el discurso del presidente Correa va bajando hacia el poder local, que se acomoda a esas ideas y las replica, incluida la animadversión contra la prensa. Dice que, por el mal ambiente ahora “ningún periodista quiere ser periodista” y que si ven alguna cobertura complicada en la calle los reporteros “se van quitando la chompita (chaqueta) con el logo del periódico”

Pérez siente que entre los periodistas “está extendiéndose el temor de hablar” y la idea de que “hay que cuidarse”. “Se tiene la impresión de que hay listas de quienes son afectos y desafectos al gobierno, de que hay compañeros periodistas que están enviando a Quito todo lo que se dice. Esa es la sensación, aunque no lo hemos comprobado, nadie nos ha dicho aquí está la lista”, dice Pérez, con más de veinte años en el oficio.

Tiene “la sensación de estar flotando en algo que no se sabe hacia dónde va” y, por tanto, muchos están en una actitud de espera. “Se empieza a perder la hegemonía de Alianza País (el movimiento político de Correa) en la Asamblea Nacional y a lo mejor eso nos dé un respiro”, se ilusiona.

El viejo sabio de la tribu en Ibarra es **Jacinto**



Salas, presidente del núcleo regional de la Unión Nacional de Periodistas, que tiene unos 36 afiliados. La mitad trabaja en medios oficiales así que cuando pensaron en hacer un plantón por la demanda de Correa contra El Universo, tuvo que pensarlo dos veces: se preguntó cuántos de los que trabajan en medios privados irían a salir a la calle. ¿Un plantón de cuatro o cinco? No, mejor no.

Salas es tan veterano que ni le pregunto cuántos años lleva en el oficio. Su diagnóstico es muy similar al del reportero Rosales y el director Pérez, y agrega más: el predominio que tiene el equipo de comunicaciones de la gobernación en el flujo de información que sale de la región.

“Aquí en la gobernación tienen un equipo de comunicación. Yo conozco que cosas que aparecen en el diario El Norte se reportan a la secretaría de comunicación en Quito, por poner un caso”. Dice de El Telégrafo y otros medios oficiales que “no conozco que tengan corresponsal”, por tanto deduce que la información que aparezca sobre Ibarra en esos medios puede ser remitida desde la gobernación.

Para Salas, el Ecuador que se refleja en la gran prensa “no refleja el punto de vista del ciudadano o de las provincias pequeñas”, sino que “les interesa solo lo que está sucediendo en los centros políticos o económicos donde se cuecen las habas, como Guayaquil y Quito”.

Al mapa de la prensa en Ecuador le agrega una nueva complicación: el manejo de pauta local en las emisoras y cómo esto coarta el talante crítico que puedan tener. “Por ejemplo, el alcalde pasa su cadena semanal de una hora y les paga a todas las emisoras 200 dólares por las cuatro horas mensuales y con la obligación de algunas cuñas comerciales”.

En otros casos, en búsqueda de sobrevivir, se venden espacios de publicidad por 80 dólares al mes. Así, hay gente que malvive de la radio con ingresos de 100 o 200 dólares mensuales. El

futuro tampoco es muy esperanzador, si se mira desde la formación de los futuros reporteros que, según evalúa, “no están actualizados” y solo quieren “poner la grabadora, transcribir las versiones y sin analizar ni ir mucho más allá de la simple declaración”.

La capital de un país fraccionado

Esta Virgen tiene alas y mantiene atrapada al piso a una serpiente, con una cadena que cae hasta el suelo. Domina el cerro del Panecillo que marca, como la cintura de un reloj de arena, el norte y el sur de Quito porque las vías que unen a ambas partes de la capital ecuatoriana pasan por sus alrededores. Al norte vive la clase más pudiente. En el sur, mucho más grande que su contraparte, viven los más pobres. Desde aquí, en medio de las constantes nubes del peor invierno en décadas, se ve esa ciudad fraccionada. Esa imagen fue la metáfora usada en *A tus espaldas*, por estos meses la película más vista en el país. El título se refiere a que los habitantes del sur de la ciudad que les cupo en suerte verle la espalda a la virgen, no el frente, en sentido literal y metafórico. En Río de Janeiro, con un poco más de humor, un barrio se llama El Sobaco de Cristo, porque queda bajo uno de los brazos extendidos de El Corcovado.

La crítica de los medios ha visto en la película una metáfora de todo Ecuador: un país fraccionado. No se trata solo de la división social –tan común al resto de países latinoamericanos– sino de fracturas en distintos sentidos. También está la división racial en un país que tiene un fuerte componente indígena, una cultura negra arraigada principalmente en la costa, y una minoría blanca o mestiza que detenta buena parte del poder político y económico.

La más evidente en el mapa es la división entre Guayaquil –el puerto sobre el río Guayas, la gran salida ecuatoriana al Océano Pacífico–, y Quito, la capital administrativa. El poder real,



dicen, se dicta en Guayaquil; el poder político, en Quito. También está la Amazonía: el territorio que va de Los Andes hacia la selva. Pero esa división apenas esconde un fraccionamiento territorial mayor: en apenas 250.000 kilómetros cuadrados -la cuarta parte de Colombia- hay 24 provincias (equivalente a un estado), que a su vez se organizan en siete regiones.

¿Cómo afecta esto la organización de los medios? Parece evidente una dispersión de diarios, emisoras y canales de televisión. Una lista corta sumaría unos cincuenta diarios, al menos uno por cada capital regional, más los de Quito y Guayaquil. Al encender el televisor aquí en Quito hay unas diez cadenas con alcance nacional, más una dispersión de canales locales. El panorama es similar respecto de las emisoras radiales. En el papel parece alentador: cada región y ciudad con sus propios medios de comunicación, atentos a su propia vida, lenguaje y cultura. En la práctica: muchos medios sobreviviendo con las uñas, dependiendo de material de baja calidad, y con prácticas periodísticas atrasadas, por decir lo menos.

Cesar Ricaurte es uno de los analistas de medios más respetados en Ecuador. Pasó por salas de redacción, pero hace algunos años comenzó, junto con algunos amigos, el germen de lo que hoy es Fundamedios, un “tanque” de análisis y pensamiento. Hablamos en la sala de su casa, con un hermoso jardín como si fuera un cuadro, al caer una tarde de viento frío en Quito.

El percibe un “divorcio entre la formación periodística y la práctica del oficio que explica mucho de la virulencia de la confrontación actual entre medios y gobierno. Los egresados, dice, salen con una “gran esquizofrenia” producto de la academia con ideas de los años setenta: en el fondo quisieran ser escritores o comunicólogos, pero se encuentran que “por una parte su fuente natural de trabajo son los

medios, pero llegan a ellos incluso con un cierto odio por esa estructura mediática, por ese poder malévolo, visto desde esa lógica”.

Y algo de ese lenguaje de crítica de corte marxista de décadas pasadas parece ser parte del bagaje intelectual del presidente y de su entorno: “Correa no es ningún teórico de los medios, sino que parte de una serie de concepciones, prejuicios y estereotipos sobre los medios de comunicación” -dice Ricaurte- y está animado por un entorno cuyo discurso pareciera ser “o se derrota a los poderes fácticos o se muere en el intento”.

Ricaurte tiene la seria sospecha, confirmada en conversaciones con decanos, de que la matrícula de estudiantes de periodismo ha bajado en los últimos tiempos. “De alguna forma estos cuatro años en los que ha habido una constante descalificación del periodismo por parte del poder político finalmente sí ha hecho mella. En el futuro quizás vamos a ver mucho menos periodistas”.

En los últimos años, describe, ha habido una “transformación radical del oficio periodístico”: ahora el gran empleador de los periodistas es el Estado que, además, exige “un periodismo militante”, defensor del gobierno. La lógica, dice Ricaurte, es “ustedes son contratados para defender la obra de gobierno”, generando incluso “ciertas aberraciones como que algunos periodistas se convierten en persecutores de sus colegas de los medios privados”. La paradoja es que vienen de los medios privados, con las mismas prácticas que critica el gobierno.

Ahora, a pesar de ese entorno, paradójicamente Ricaurte no es pesimista respecto del trabajo periodístico que se realiza en su país: “no es mucho mejor ni mucho peor de lo que se hace en otras partes de América Latina: hay productos muy buenos, mediocres o malos; hay gente que se esfuerza por hacer bien su trabajo y muchas empresas sólidas que sí le apuestan al periodismo”.



Con esta última percepción de Ricaurte están de acuerdo muchos con quienes hablé. Casi siempre que pregunté por ejemplos de buen periodismo saltaban los nombres de El Universo, El Comercio, Expreso, La Hora, es decir los diarios de referencia de mayor circulación, además de alguna revista como Vistazo o Vanguardia. No es que se dijera que todo lo que allí se escribe es un ejemplo pero sí que, como opina Ricaurte, han tenido cierta consistencia al tratar temas puntuales. Hay quienes interpretan, por supuesto, que la prensa ecuatoriana ha asumido el papel del opositor político que no tiene Correa.

Sin embargo, la evaluación que Ricaurte hace del periodismo de televisión no es benévola: “algunos medios han terminado por retroceder en sus prácticas periodística, particularmente en la televisión, donde ahora se ve un periodismo descafeinado, inofensivo, que no se mete”.

Ricaurte hace una excepción con el principal diario de referencia: “Evidentemente El Universo tiene una línea editorial demasiado antigubernista, muy marcada, especialmente la de opinión que estaba regida por Emilio Palacio, que era incendiaria, por decirlo así”. Esa intención de erigirse en “contendor directo del gobierno” les restó “legitimidad y peso a esos esfuerzos por hacer un mejor periodismo de investigación”, expresado en reportajes que se cuentan entre los mejores hechos en Ecuador en la última década.

El caso emblemático

Mencionado el caso de El Universo es momento de hacer un paréntesis en el recorrido. El presidente Correa demandó por 80 millones de dólares a este diario de Guayaquil, al que considera un representante de los “poderes fácticos”, por una columna de opinión de Emilio Palacio que comienza:

Esta semana, por segunda ocasión, la Dictadura informó a través de uno de sus voceros que el Dictador está considerando la posibilidad de

perdonar a los criminales que se levantaron el 30 de septiembre

Y termina:

El Dictador debería recordar, por último, y esto es muy importante, que con el indulto, en el futuro, un nuevo presidente, quizás enemigo suyo, podría llevarlo ante una corte penal por haber ordenado fuego a discreción y sin previo aviso contra un hospital lleno de civiles y gente inocente. Los crímenes de lesa humanidad, que no lo olvide, no prescriben.

La columna, que no menciona por su nombre a Correa sino que en nueve ocasiones se refiere a él como “dictador”, giraba alrededor de los hechos transmitidos en septiembre en directo para Ecuador, por cadena nacional, y América Latina, por CNN, en los que Correa estuvo retenido en medio de una revuelta de policías en un hospital, que el presidente y su entorno consideraron un intento de golpe de estado, mientras que los opositores leen como una maniobra del gobierno aprovechando una protesta de carácter laboral.

Al cierre de este artículo la segunda instancia (una corte de la provincia de Guayas) mantuvo el fallo de la primera (una corte de Guayaquil) que condenó al pago de 40 millones de dólares y tres años de cárcel para los principales directivos del diario y al columnista Palacio. Unos días antes Correa renunció a exigir los 80 millones de dólares por daños en su honra. El fallo de primera instancia estuvo rodeado de circunstancias anómalas, por decirlo de una manera simple: el juez Juan Paredes fue nombrado pocas horas antes del fallo, leyó el proceso de 5.000 folios y redactó una sentencia de más de 100 páginas y cumplió todos los procesos en menos de un día, para salir del cargo pocos días después, todo esto según sus actuaciones del 20 de julio, cuando dictó el fallo, y las horas precedentes y posteriores, que fueron seguidas por la prensa ecuatoriana. La segunda instancia también se vio empañada por hechos equivalentes, que ocuparían páginas enteras de este artículo y han sido tema de



discusión pública por semanas.

La demanda, que Correa interpuso como ciudadano, sustenta que la empresa editora de El Universo y sus directivos tienen una responsabilidad como “coadyuvantes indispensables” en la columna que escribió Palacio, porque establecen las políticas editoriales y nombran a los funcionarios que las ejecutan. Esto ha sido calificado por opositores y editores de medios como un “esperpento jurídico” y expresiones similares porque significarían que cualquier medio estaría expuesto a demandas similares por las opiniones de sus columnistas o blogueros.

A la demanda, que ha concitado el rechazo de las organizaciones internacionales de prensa y de periodistas contra la actuación del presidente Correa, se suma a otra, por diez millones de dólares, del propio Correa contra los reconocidos periodistas de investigación Juan Carlos Calderón y Cristian Zurita, por el libro El Gran Hermano, que detalla los contratos de Fabricio Correa, hermano del presidente, con el Estado ecuatoriano.

Lo de las demandas no es un tema nuevo para Correa, pero tampoco para la prensa ecuatoriana. El presidente ganó el año pasado una por 600.000 dólares contra el Banco Pichincha por haberlo mantenido reportado en un central de riesgo por diez años. De otra parte, no es infrecuente que personas naturales demanden a los medios en busca de resarcimientos económicos, principalmente por temas de honra y buen nombre. Lo llamativo es el monto, que muchos opositores consideran un intento de socavar de manera directa al diario más crítico, y un contundente mensaje político hacia otros medios que pretendan sostener una línea como la de El Universo.

Palacios, el autor de la columna, es sociólogo, militante de izquierda dura, y hermano del presidente Alfredo Palacio, el antecesor de Correa. Escaló todas las posiciones de la redacción de El Universo hasta que el 7 de julio

renunció a su cargo como jefe de opinión del diario, en espera de que ese gesto tuviera como respuesta de Correa el retiro de la demanda, algo que no sucedió.

Sus columnas, como las de otros opinadores en Ecuador pueden parecer cargadas en extremo, para el promedio de las columnas de opinión en otros países latinoamericanos, pero él no es el único y Ecuador tiene una larga tradición de opinión combativa. Además, me han dicho algunos, es común que un ecuatoriano promedio también exponga sus puntos de vista con una vehemencia que llamaría la atención a un extranjero.

“En el Ecuador la tradición de un periodismo combativo, fuerte, de barricada ha sido enorme. En realidad nuestros grandes referentes históricos del periodismo han sido gente de barricada: Eugenio Espejo, Juan Montalvo, Raúl Andrade, Benjamín y Alejandro Carrión fue gente muy dura en sus críticas al poder. Esa es más nuestra tradición que la del periodismo del equilibrio, de la objetividad”, explica el analista Ricaurte.

Una constitución, una consulta, una ley

Una las figuras imprescindibles para entender al Ecuador de hoy es Alberto Acosta. Lo primero que me dijo, sin embargo es que “no acabo de comprender todos los elementos que configuran esta permanente, abierta y creciente animadversión en contra de los medios de comunicación” y que la circunstancia actual es no solo “preocupante e indignante, sino de difícil interpretación”.

Acosta, un economista e intelectual de izquierdas, me fue mencionado por algunos como una figura de talla presidencial. Fue uno de los fundadores de Alianza País, el partido que llevó a Correa a la presidencia, ministro de minas y energía al comenzar el actual gobierno y luego presidente de la Asamblea que redactó



la actual constitución del país. Ahora está en la oposición a Correa, con quien tuvo diferencias de enfoque político, entre otras cosas porque, dice Acosta, el presidente lo veía como “demasiado democrático”, según le dijo en varias ocasiones.

El primer error al hacer el análisis, dice Acosta en su oficina de investigador de profesor e investigador en el moderno edificio de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Quito, es llegar a la “tesis simplista de que la actitud de Correa explica todo el embrollo actual de la prensa ecuatoriana”.

Acosta dice que coincide en buena parte del diagnóstico que mueve a Correa: que buena parte de la prensa en Ecuador actúa como “banda de transmisión de intereses concretos, sean políticos, económicos o culturales”; que históricamente ha habido una cohabitación de la prensa con los partidos políticos y los gobiernos, que les daban altos cargos administrativos y honoríficos, incluso un puesto en la Junta de Defensa Nacional; que se acostumbraron a poner la agenda pública excluyendo a grandes sectores de la sociedad; que, en particular, hubo alianzas con “la banca corrupta”.

Comparte el diagnóstico, pero insiste (realmente lo hizo al menos cinco veces en la conversación) que “nada de eso justifica lo que está haciendo el presidente Correa”, quien “requiere contendores porque sin ellos no le funciona su política de confrontación permanente”.

Da un ejemplo propio: hasta antes del 9 de enero de 2000, cuando el gobierno de Jamil Mahuad estableció el dólar como la moneda de curso legal en el país, Acosta había sido comentarista del canal de televisión Ecuavisa, en 321 ocasiones sin que “nadie nunca jamás” le pidiera cambiar una opinión. Después de que se mostró contrario a la medida no volvieron a entrevistarle más sobre el tema.

Dos reporteros le dijeron que en sus canales le habían prohibido entrevistarle hasta que no hablara a favor de la dolarización. Escuché de otras personas historias similares, con editores y directores vetando analistas de cierta línea económica o política.

“La libertad de expresión no existía entonces, no vamos a engañarnos”, concluye.

Pero, entre todos los elementos que explican la actual situación coincide con muchos otros en este: “En los últimos años, en la medida en que los partidos tradicionales iban entrando en crisis esas brechas eran llenadas muchas veces por los medios de comunicación, que entraron a la lucha del espacio político”.

Acosta, quien explica las cosas con la elocuencia de un buen profesor universitario, piensa que, entre otros elementos, un posible escenario de solución pasa por la redacción de una Ley de Comunicación, otro de los puntos de mayor debate hoy en Ecuador.

En este punto, de nuevo hay que echar atrás unos meses: el sábado 7 de mayo el gobierno de Correa consiguió sacar adelante el SI en las diez preguntas del referendo sobre temas variados que se votó en todo el país. La pregunta que tuvo un resultado más ajustado fue la 9, que aprobaba la creación de un consejo para regular los contenidos de los medios de comunicación: el SI obtuvo casi el 45% contra el 42% que obtuvo el NO. Más de 8,6 millones de ecuatorianos votaron en esta pregunta, incluyendo los votos en blanco y los nulos.

La pregunta 3, que obliga a que las empresas financieras y de comunicaciones –incluidos los accionistas- a invertir únicamente en sus propios campos de acción, resultó en una victoria más holgada para el gobierno: el SI ganó con el 47,1 contra el 40,8.

Así, el 10 de mayo el país amaneció con la expectativa un nuevo régimen para su prensa y de un consejo que los opositores y la



prensa privada ven como un mecanismo de mordaza, en tanto que el gobierno habla de “la responsabilidad social de los medios” y que “los medios de comunicación tienen que rendirle cuentas a la ciudadanía”.

Para Acosta, aunque esa pregunta 9 era innecesaria, una ley de comunicación es indispensable pero para crear más libertad de expresión para toda la ciudadanía, no para controlar los medios. Además, dice, la obligación de hacerla existe por el resultado del referendo y por una norma constitucional no ejecutada aún.

“Los medios cometen un error de bulto al no aceptar la necesidad de una ley y al seguir jugando a ganar tiempo. Además de creer que ese es un tema solo de los comunicadores y no de toda la sociedad”, dice Acosta, quien ahora dedica sus esfuerzos extraacadémicos en unir a diversos movimientos de izquierda del país.

El gobierno sale de compras

Hoy el Estado ecuatoriano tiene en su mano unos veinte medios (las cuentas varían según el criterio, pero se aproximan a ese número) sea por expropiación directa, por cruce de cuentas antiguas o porque han sido creados desde cero. La mayoría de esas adquisiciones han ocurrido durante el actual gobierno. En televisión son unos seis canales, en radio unas siete emisoras y en prensa seis diarios, además de una agencia de prensa. En otros casos, como el de Teleamazonas, siguen en manos privadas, pero desde la oposición se les ve como medios que han bajado su animosidad a raíz de campañas específicas del gobierno.

En prensa de papel el caso emblemático es el de El Telégrafo, que se edita en Guayaquil y desde 2007, en poder del gobierno nacional, luego de haber pasado un período en manos de banqueros. Con 127 años a cuestas, es el decano de la prensa ecuatoriana. Ahora ha sido rediseñado y tiene una buena presencia gráfica, sobre todo las páginas editoriales. La página

web también fue modificada a fondo, quizás con menos fortuna.

Los críticos y analistas lo ubican como un instrumento de propaganda del gobierno. A sus titulares les falta más carácter periodístico, por lo menos como se lo considera en la práctica usual de los diarios de Occidente. En una portada muestra como segunda noticia “La codependencia del alcoholismo corroe los cimientos de la familia”. En la doble página que le sigue van: “El presidente firma decreto para el abono tributario”, “El Gobierno rinde homenaje a El Oro”, “Los indígenas entregan un segundo bastón de mando” (al gobierno), “Choferes suspenden llamado a la paralización”. Los artículos que van debajo de esos titulares siguen una línea similar.

Un artículo del diario La Hora, basado en información pública de El Telégrafo, señaló que en el diario oficial algunos altos cargos ganaban entre cinco mil y siete mil dólares, “salarios superiores a los de un ministro de Estado” o un asambleísta. Los salarios pagados por el diario entre diciembre de 2009 y septiembre de 2010, según esa información, ascendieron a 2,7 millones de dólares.

Sin embargo, sus cifras de circulación fueron cayendo de manera estrepitosa, hasta llegar a unos 2.500 diarios, según coincidieron varias fuentes, incluso una interna. A ese periódico el gobierno de Correa le invirtió al menos 12 millones de dólares, según referencias de la AEDEP, el gremio de diarios privados, que vio en ello una irracionalidad. Las cuentas, hechas desde afuera, no cuadraban. No hay manera de que un diario de 2.500 ejemplares recupere una inversión de ese monto, no al menos antes de varios siglos.

En la nueva sede de El Telégrafo, en Guayaquil, me recibió **Marvin Rotter**, el gerente de producción y último eslabón de una serie de contactos que inicié en el propio Palacio de



Carondelet, la sede presidencial en Quito. Las instalaciones ocupan un complejo de unos 25.000 metros cuadrados donde antes funcionaba una empresa de automóviles. La planta es moderna, con aire, prados, árboles y un bonito edificio donde están las redacciones de El Telégrafo y del Periódico Popular, o PP, un diario que pretende plantar cara a la prensa para los sectores más pobres que, como en buena parte de América Latina, se vende más que la prensa de referencia.

Lo primero que me mostró Rotter, un técnico entusiasta y muy abierto en sus respuestas, fue la impresora Colora KBA, de Koenig&Bauer, que imprime como máximo en formato berlinés, una especie de tamaño tabloide en el que ahora se imprime El Telégrafo.

Esa impresora representa al menos la mitad de los quince millones de dólares invertidos en nuevos equipos, que se suman a la inversión en el terreno y aspectos complementarios, como la cimentación que alcanza decenas de metros bajo la superficie. Lo suficiente para que una moneda se mantenga parada de lado sobre la impresora mientras esta hace su trabajo. “Entre muertos y heridos, se invirtieron unos 20 millones de dólares”, dice coloquialmente. Es decir, las cifras de la AEDEP se habían quedado cortas.

A él tampoco le daban las cuentas cuando se habló del primer proyecto con cifras de ese tenor, pero con otros más del equipo decidieron que un enfoque empresarial de productos alternos se podía hacer rentable. Ahora, me dice, se están tirando 20.000 ejemplares de El Telégrafo y 40.000 del Periódico Popular.

Pero el modelo de negocio tampoco está ahí, a pesar del aumento de la producción de periódicos: la rotativa solo ocupa una cuarta parte de este galpón, que comparte con las máquinas de encuadernar y engrapar. Ahora frente a nosotros hay decenas de miles de ejemplares de textos escolares de primaria. Caminamos por estibas repletas de paquetes

que arman unos jóvenes en el centro de la planta. Son parte de un pedido del gobierno central por seis millones de ejemplares. Después vendrá una guía telefónica. Incluso hay planes para comprar una segunda torre de impresión, idéntica a la actual, si se sigue contratando al ritmo actual.

“En unos tres o cuatro años ya se habrá retornado la inversión, para una máquina que está garantizada para durar al menos 20 años”, dice Rotter, quien cuenta que la antigua rotativa era tan vieja que entre sus rodillos de impresión cabía un dedo y que alguna vez tuvieron que repararla adaptando un piñón de una camioneta.

Un Popular no tan popular

En al menos dos aspectos, el Periódico Popular está al otro extremo de El Telégrafo: es el diario más nuevo y está dirigido a los estratos populares. Cuando el presidente Correa presentó la idea dijo que el nuevo medio sería “de consumo más popular para que tengan opinión objetiva de los medios escritos y no seamos víctimas de los sinvergüenzas que nos quieren engañar, engañar y engañar”.

El diario, en efecto, trata temas que se supone pueden ser más cercanos al gusto de los lectores de bajos ingresos. En una edición mezclan la historia de un anciano preso por una demanda de alimento de la nuera, al lado de Jennifer López, noticias sobre fútbol y un informe especial sobre una nueva cárcel “segura, humana y que rehabilite internos”, según el titular de primera página.

La manera como se cuentan las historias se aleja de la sangre, el mal gusto y el efectismo de tanta prensa popular del continente y del propio Ecuador. Ese periodismo que por altas ventas ha resultado la redención económica para más de una gran cabecera periodística tradicional. La intención parece loable, pero el PP tiene un gran problema: casi no se vende.

“Qué le hacemos, si se vende muy poquito”,



me dijo una expendedora de la Avenida 9 de octubre, el epicentro de Guayaquil. Como ella, otros vendedores me explicaron que el PP tiene muy poca salida, a pesar de que ellos le hacen algo de fuerza porque tienen incentivos, como rifas. Sin embargo, son otros diarios populares, como Extra, los que arrasan en ventas. “Es que tienen cosas más duras, más sangre”, reconoció otro de ellos. Un motor adicional de mayores ventas o su caída, me explicaron, es la entrada o salida a clase de los chicos en edad escolar. Al parecer entre los fascículos coleccionables, las secciones especiales y las tareas abundan más las razones para comprar un diario en los meses de escuela.

Extra tiene la fórmula de sangre, tetas y fútbol —tan popular en América Latina— pero además le agrega una novela gráfica con dibujos a color. La que circula en este ejemplar de lunes se llama “Más intenso por prohibido”. En el otro cuadernillo especial, de ocho páginas, llamado “Lunes Sexy”, la paraguaya Larissa Riquelme, la novia del Mundial 2010, se muestra en 25 fotos desde todos los ángulos y posiciones. En la doble página central aparece con una diminuta ropa roja de dormir, sobre un sofá blanco: “Soy una mujer ardiente y me gustaría probar cosas llamativas, como hacer el amor en un árbol o en el estacionamiento de un club”.

Periodistas en el blanco, cadenas nacionales

Algo que parece claro es que además de la prensa como conjunto, el presidente Correa ha escogido como rivales varias figuras y medios específicos para enfocar su confrontación. Por eso es bueno revisar uno de esos casos, porque como todo lo demás, al asunto tiene más matices de lo que pareciera a primera vista.

Carlos Vera es uno de los principales referentes del periodismo en televisión del Ecuador. Con más de 30 años en el oficio, con intermitentes idas y venidas en cargos como ministro de turismo o como funcionario del

Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Washington. Es un hombre bien parecido, con un alto concepto de sí mismo, según lo muestra página tras página en su reciente libro biográfico *Nunca Mordaza*.

Al menos en dos ocasiones ha contemplado seriamente la idea de lanzarse a la presidencia de la República y ahora se le menciona como un posible aspirante en la elección de 2013. En ese libro, entre otras memorias de su carrera, recuerda diálogos de hace años y décadas en los que, curiosamente, sus interlocutores parecen hablar con una gramática correctísima y él mismo parece, frecuentemente, estar haciendo grandes declaraciones de principios, en una sintaxis más de discurso escrito que de conversaciones de la vida real.

Vera fue uno de los blancos de tiro preferidos por Correa hasta que renunció a su programa de entrevistas y opinión en Ecuavisa, que por ocho años mantuvo altos índices de sintonía. Su renuncia, explica Vera, y en ello coinciden otros periodistas y observadores, fue la jugada final de un ajedrez de poder entre el gobierno y el canal, que sentía venir disposiciones de retaliación o de equilibrio (según el ángulo desde el que se mire) en buena medida por las opiniones del propio Vera.

Correa lo señalaba de irrespetar la figura presidencial y no fueron pocos los denuestos en vivo contra Vera. El periodista —que se reconoce a sí mismo principalmente como “de opinión”— tampoco ha ahorrado sinónimos degradantes contra Correa. En *Nunca Mordaza* hace un listado de defectos del mandatario: “hipócrita, explosivo, rencoroso, precipitado, inmaduro, soberbio, obsesivo, mentiroso, maniqueo, excluyente, cobarde, desleal, desbocado, irrespetuoso, acomplejado”.

Si bien es cierto que unas líneas abajo compensa con una serie de doce virtudes, que comienzan con “incansable, preparado, inteligente”, también lo es que a lo largo del libro y en sus programas la lista de reproches



se alarga: neonazi (respecto de su gobierno), atormentado, insultador, totalitario... y una larga lista. Excesiva, a todas luces.

Cuando el hoy presidente despuntaba como una posibilidad de poder, Vera lo entrevistó varias veces, lo valoraba como buen candidato, y le hablaba de tú. Las fricciones comenzaron poco antes del ascenso de Correa, a principios de 2007. Después, lo único que hicieron fue empeorar: “El día que me harté de los insultos de Correa y decidí preguntarle si le molestaba que yo fuera macho porque él se creía hembra...”, según relata Vera el episodio tras el cual el presidente les prohibió a todos sus funcionarios asistir a su programa matutino.

Vera no ha sido el único periodista sobre el que el gobierno ha cargado sus adjetivos. Otro ha sido **Jorge Ortiz**, visto por sus detractores como de derecha, criticado por la manera de interrogar a algunos funcionarios, y quien renunció hace un año a su espacio, argumentando que su presencia en el canal podía "un pretexto del Gobierno para que Teleamazonas se extinga y desaparezca".

Una de las más recordados capítulos del enfrentamiento del gobierno contra Teleamazonas ocurrió el 22 de diciembre de 2009 cuando a las 5:07 de la tarde en lugar de la telenovela la pantalla quedó gris. El gobierno había suspendido por tres días al canal de mayor audiencia del país. Entonces pareció hacerse realidad el deseo que el presidente Correa expresó un día del agosto anterior: “que Teleamazonas sea definitivamente clausurada”. Alexis Mera, el secretario jurídico de la Presidencia, explicó de un modo drástico el alcance de la medida: “esto es una decisión administrativa común y corriente como cuando se clausura un burdel o cualquier cosa”.

Diez meses después de esa interrupción, y dos desde que se retiró Jorge Ortiz, el banquero quiteño Fidel Egas le vendió el canal a un consorcio de empleados, el grupo editorial peruano La República y empresarios

ecuatorianos. Cumplía así la disposición constitucional de que los banqueros no pueden ser dueños de medios, una norma hecha a la medida para evitar lo vivido en los años noventa.

En los últimos meses, con Vera y Ortiz fuera de reflectores, los señalamientos oficialistas ha caído sobre Janeth Hinostroza, presentadora y periodista del canal Ecuavisa. En el último abril, el gobierno difundió mediante cadena nacional un video en el que se la ve en un breve forcejeo con cinco guardaespaldas de Correa, con unas palabras en “off” que la cuestionaban como profesional. Después la propia Hinostroza mostró el video completo, que dijo fue grabado el 8 de marzo de 2008, es decir tres años atrás, y en el que Correa da la orden de hacerla a un lado, debido a su insistencia en buscar una respuesta a un tema de secuestrados por el grupo guerrillero colombiano FARC, y la llama “malcriada” y “majadera”. Las palabras de Correa no estaban en el video emitido por el gobierno.

Nuevamente Ethos ha llevado la cuenta de los directos del gobierno interrumpiendo la programación habitual: entre enero de 2007 y el 15 de mayo de 2011 se realizaron 1.025 cadenas de radio y/o televisión, que sumaron 151 horas, según cifras que ha presentado su director, Mauricio Rodas.

Así Jorge Ortiz, por ejemplo, podía estar presentando su programa cuando la señal era cortada para emitir una cadena de cuatro minutos y medio en la que el gobierno buscaba contrastar los “comentarios desafinados de un presentador”, seguida de un “que le quede claro señor Ortiz” para dar paso a un arsenal de cifras. La cadena seguía diciendo que Ortiz era “un evidente actor político que pretende, como ha sido su costumbre, confundir a los ciudadanos”, siguiendo con más cifras y con “Ya basta, señor Ortiz. El periodista está para transmitir información, no para demostrar odios infundados”.



El centro del poder económico

Mi segunda visita a Guayaquil, la ciudad más grande del país, empezó el día de la Independencia, en cuyos fastos Correa y el alcalde Jaime Nebot cruzaron sables respecto de la demanda contra El Universo. Después del discurso vi a la caravana de Correa desplazarse rauda hacia la zona norte de su ciudad natal, donde lo quieren menos que en Quito o en las otras provincias, según dicen las encuestas y según se percibe al hablar con la gente en la calle. En la noche todos los medios replicaron el cruce de mensajes, cada uno con su enfoque. GAMA TV, por ejemplo, emitió un recuento de la represión a la prensa en el gobierno de León Febres Cordero, implicando a Nebot.

La semana previa el juez Juan Paredes había emitido el controvertido fallo de los 40 millones de dólares. Al otro día en El Universo el ambiente era prácticamente el mismo de unas semanas atrás, cuando conversé con Carlos y Nicolás Pérez, director y subdirector del diario, y con otros periodistas y editores: cada quien en su sitio de trabajo, en una sala relativamente silenciosa para algún reportero que se haya formado en las ruidosas cofradías de los años ochenta y noventa.

“Nadie se esperaba esa sentencia, tanta ilegalidad”, me dijo Mariela Ceballos, una editora quien hizo el recuento de cómo el juez Paredes debió leer más de 5.000 folios y proyectar un fallo de 150 páginas en unas doce horas. Me dijo que en la redacción seguían “con el ánimo arriba, más que siempre” y que están seguros que “las ilegalidades son tan flagrantes” que tarde que temprano se caerá el proceso. El 18 de septiembre Correa afirmó que hay “mala fe” y “pura y física basura” en los argumentos contra el juez Paredes, y aunque desistió de los 80 millones de dólares, mantuvo en pie la cifra de 40 millones, que se comprometió a donar a un proyecto en la reserva natural de Yasuni, que se pretende vedar a la explotación petrolera.

La prensa privada cierra filas

Para llegar a la sede de la Asociación de Editores de Periódicos (Aedep) tuve que subir catorce pisos a pie, en Quito, a 2.800 metros sobre el nivel del mar. Esa tarde hubo un apagón en ese sector de la ciudad y mientras subía los escalones pensaba que no era mala metáfora de la situación de los medios impresos en Ecuador: trepando la cuesta con poco oxígeno.

De seguir así las cosas, la primera consecuencia “se va a acabar la corrupción” ironiza Diego Cornejo, su director ejecutivo, pues “si no se investiga, si no se publica, la corrupción no existe”. Dice que en la experiencia ecuatoriana la gran parte, si no todos los hechos de corrupción, los han denunciado los periodistas y la prensa.

Para Cornejo, al tiempo de que habrá menos investigación periodística, aumentará la autocensura, acompañada de un aumento los mecanismos de autocontrol porque “si no te regulas, te regulan”; habrá menos opinión libre. De hecho -dice- ya hay periodistas y medios “que se están reprimiendo lo que se puede o no se puede decir, el tono, las palabras que se usan”.

Otro frente de preocupación para la Aedep – que agrupa a las mayores editoras de prensa de Ecuador- es cómo se podrá hacer empresa periodística pues la ley que propone el gobierno obliga a que nadie tenga más del 6 por ciento de las acciones de un medio y, además, se prevén unos criterios complejos sobre si era un medio nacional o local de acuerdo al número de ejemplares o a la audiencia.

Para Cornejo, aunque la medida le apunta a los medios grandes “va a afectar más a los medios pequeños, que normalmente son de una persona o una familia” que serán obligados a “diversificar en un accionariado de unas veinte personas, que además no podrían invertir en otras actividades”.



“Pongamos como ejemplo que en una provincia alguien que tiene éxito en la pesca del atún se compra una televisión local” si lo obligan a escoger entre la prensa y la pesca “forzosamente va a escoger los barcos”. Entonces solo podrá invertir en medios “un arcángel caído del cielo con una maleta de dólares, porque si no ¿de dónde habrás hecho el dinero si no es en otra actividad económica?”.

Para el representante gremial la “ley mordaza como está planteada, tarde o temprano se va a caer por inaplicable” pues no va a ser posible controlar todas las variables. Y si pasa habrá que luchar con “mecanismos democráticos” para derogarla.

Cornejo piensa que respecto del enfrentamiento con el presidente, lo que hay es “una disputa por la agenda y el discurso político”, pues con una Asamblea (congreso) y los partidos políticos en crisis “el ciudadano interpela al poder y al gobierno es en los medios”. En ese marco, razona Cornejo, “un proyecto de corte autoritario entra en conflicto con una prensa independiente”.

Correa es auténtico: Carondelet

En Carondelet fui recibido en mi segunda visita a Quito por **Patricio Barriga**, un antiguo periodista de televisión, oficio del que conserva una atildada manera de expresarse, con una dicción impecable. Es el subsecretario de Comunicación Política de la presidencia ecuatoriana. Responde directamente a Fernando Alvarado, considerado el hombre fuerte de las comunicaciones y uno de los dos funcionarios más cercanos a Correa, junto con Mera, el funcionario que consideró que suspender un canal era como cerrar un burdel.

A la entrada del Palacio, ubicado en el centro histórico, uno de los mejor preservados del continente, había una larga fila de gente del común que quería hacer un recorrido guiado por la sede presidencial. La oficina donde me

atendió el subsecretario no tenía algún lujo y, por el contrario, mostraba un poco el desorden producto de una actividad constante.

Para Barriga, las salidas verbales del presidente Correa son una expresión de que “él es auténtico” y parte de su personalidad. El fondo del problema –dice– es que el presidente ha identificado y se está enfrentado al “poder ilegítimo que construyeron estos grandes de medios de comunicación que en determinadas coyunturas legitimaban golpes de estado, removían ministros, presionaban inclusive los fallos judiciales”.

Entonces, desde su perspectiva, se trata de “un cambio de época” y “un proceso histórico” para “remover esa vieja institucionalidad” por lo que consideran que se trata de “enfrenamientos necesarios y de las reacciones esperadas que puede tener una revolución, porque no hay acción sin reacción, ni una revolución sin contrarrevolución”.

Para Barriga “la contrarrevolución ha demostrado cuan poderosa puede llegar a ser” porque tiene un “gran lobby local e internacional” y cita a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), a Reporteros sin Fronteras, al Instituto Prensa y Sociedad (Perú) y a la Corte Interamericana de Derechos Humanos como parte de ese lobby que se “malnutre” con la información de una prensa con intereses de poder.

Sobre la cuantía de la demanda contra El Universo y su capacidad de quebrar a casi cualquier empresa periodística de la región andina, al menos, dice que “los abogados hubieran podido pedir mil millones de dólares, cien mil millones de dólares”, porque la honra no tiene precio, pero que es el juez el que debe tasar el monto.

“Quien pone el foco en el monto de la indemnización es porque no ha vivido el linchamiento mediático y las consecuencias que podría tener en la honra y en el prestigio profesional”, dice Barriga y agrega dos



preguntas: “¿cómo pueden sus mandantes mirar a un presidente asesino?” y “un ser humano que es padre de familia, ¿cómo puede volver a mirar a sus hijos sin vergüenza cuando le han tachado de asesino?”.

“Aquí no se está juzgando un delito de prensa sino de injuria calumniosa, un agravio de palabra, una afirmación temeraria contra el presidente de la República”, dice (hay que recordar que Correa interpuso la demanda como ciudadano particular).

El ex reportero es bastante optimista respecto de lo logrado en el tema de comunicaciones pues, dice que “una de las mayores conquistas de este gobierno es haber transformado una ciudadanía pasiva en una activa, participativa, que está allí valorando y criticando” y que la experiencia del actual gobierno es que “una mejor televisión y una mejor radio son posibles, unas que no estén ancladas a las mediciones de sintonía”. Debo decir que la televisión que vi en Ecuador, en general, no se aproximaba a la versión de Barriga, ni la pública ni la privada.

Dice que con la ley de comunicación “no buscamos censura previa sino establecer un consejo de desarrollo de la comunicación y regulación, porque hemos visto la trampa del discurso que han traído ciertos medios de comunicación sobre la posibilidad de autorregularse”, pero que si utilizaran “a rajatabla” sus propios códigos de ética “no tendríamos la programación que tenemos ahora, que se ha ido por los linderos más fáciles sin contenidos edificantes”.

El gobierno de Correa, dice, quiere “fortalecer los emprendimientos y las iniciativas locales y de comunidades, mayor acceso a medios públicos donde la gente pueda expresarse” y que “las puertas y las garantías constitucionales están” para el que quiera hacer buen periodismo.

“Y ojalá, es un proyecto ambicioso, que sea una ciudadanía politizada, que tenga voz y voto, no solo el día de elecciones”, dice.

Y el futuro para dónde

Probablemente César Ricaurte, el analista, sea quien mejor lo haya expresado la situación actual: “sin duda el gobierno ha fomentado el clima de polarización con los sistemáticos cuestionamientos. Pero esa semilla cayó en un campo que ya estaba abonado desde hace tiempo”.

En general, aún en el ambiente de pugnacidad que se vive en el país, encontré reporteros, editores y analistas que hablaban sin restricciones, sin mencionar amenazas directas contra ellos mismos, sin guardarse opiniones o pidiendo no grabar. Pero, al mismo tiempo, hay mucha gente cansada del estilo de confrontación porque Correa ha abierto muchos frentes de batalla y aunque en nuestra región hay quienes gustan de los estilos de corte personalista, las encuestas señalan que el caso El Universo le está costando algo de popularidad, todavía alta.

Con las elecciones de enero de 2013 como punto de llegada, lo que queda de aquí a allá es un ambiente en el que los elementos de crispación van a abundar. Y hay pesimismo respecto de la que confrontación entre el gobierno y la prensa vaya a solucionarse por vías que enriquezcan a la sociedad ecuatoriana.

Acosta, el ex presidente de la Asamblea Constituyente, piensa que la solución pasa por hacer la ley de comunicación; que el gobierno retire las demandas y se acabe con los delitos de prensa; que se creen “verdaderos medios públicos” con los medios en poder del estado, entre otras iniciativas. Pero advierte que “en ese ambiente de agresión permanente a los medios de comunicación y a los comunicadores es difícil tener condiciones adecuadas para el debate y la construcción de la ley de comunicación”.

Para Ricaurte, el analista de medios, “va a costar mucho reconstruir ciertas libertades y derechos” respecto de la prensa, pero duda que “la calidad de ese debate sea la más adecuada, porque parte de muchos prejuicios que se



fueron construyendo en la vieja izquierda de los años setenta y que se han repetido como un mantra. Pero se han dejado por fuera las cosas realmente importantes del debate”.

Ve al gobierno manteniendo la presión actual, pero “a palos no creo que nadie mejore”, dice.

Cornejo, el director de la Aedep, no ve posibilidades reales de diálogo porque se trata de “una obsesión personal de Correa” quien ejerce “un estilo personal que entra en conflicto con la crítica, que no existe ni siquiera dentro del gobierno, donde está reducida a cero”. De esta manera, opina Cornejo como para Correa la crítica es igual a conspiración “tendría que irse el gobierno” para zanjar la situación. “Así de sencillo”.

Los reporteros seguirán en medio de todo pendientes de lo que pase en esferas de poder que están por encima de ellos, unos esperando a que haya aguas más tranquilas, otros acomodándose, algunos más persistiendo en su labor investigativa.

Rosales, el reportero de Ibarra, lo dice así: “a veces si te pones a analizar si todo lo que haces vale la pena. Entonces cuando visitas una comunidad desatendida, cuando encuentras una historia formidable por contar, cuando vas contra lo corriente, cuando tientes al poder, eso genera una expectativas que obligan a seguir en el periodismo”.



Autor

Jose Luis Novoa
Director ejecutivo de Consejo
de Redacción
jlnoova1@hotmail.com
Bogotá, Colombia

Pie de imprenta

Fundación Friedrich Ebert
Stiftung

Responsable

FES Comunicación para América
Latina
Calle 71 # 11 - 90
Bogotá, Colombia

omar.rincon@fescol.org.co

FES Comunicación

Es una unidad regional de análisis de la comunicación para América Latina de la Friedrich Ebert Stiftung.

Su objetivo es producir conocimiento para hacer de la comunicación una estrategia fundamental del diálogo político y la profundización de la democracia social. El conocimiento y la red de expertos de FES Comunicación apoyan el trabajo sociopolítico de la red de oficinas FES en América Latina.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan necesariamente, los puntos de vista de la Friedrich Ebert Stiftung.